

San Agustín ante un problema referente al EUSKERA

por

Araxes

Expongamos ante todo el problema. El problema consiste en averiguar qué concepción del lenguaje debe prevalecer, si la que es natural, la que nos suministra la historia, o esa otra que quiere—ha dicho un filólogo—moldear el lenguaje como pasta, sustituyendo las voces alienígenas por otras de creación indígena.

El problema en realidad está resuelto, pero no todos—aunque sí afortunadamente en mayor número que hace unos decenios—se resignan a acatar el dictamen de quienes tienen voz y voto de calidad en la materia.

El genio de cada lengua—decía José de Maistre—se mueve lo mismo que un animal para encontrar por todos los lados lo que le conviene.

No hay ni es posible haya lengua que, respecto de su vocabulario, pueda preciarse de serlo todo indígena, o creación suya, a imitación de aquel filósofo—expresión gráfica de la palabra «autarqués»—que se presentó en los juegos públicos sin llevar sobre su cuerpo pieza alguna de vestido ni ornato, que no hubiera fabricado él con sus propias manos.

Si se captara en cinta magnetofónica una conversación que sostienen dos pastores en la cumbre del Aralar o dos *nekazaris* en la feria de Tolosa, veríamos que la mayor parte seguramente de los vocablos—bien corrientes en el lenguaje popular—proceden de las más diversas lenguas, las más del latín y de las lenguas llamadas románicas.

Lo que prueba eso—tal vez replique alguien—es que el euskera está contaminado.

Afortunadamente... está *contaminado*. «Los idiomas menos contaminados—observa el señor Altube—son los hablados por los salvajes, y en razón directa con el mayor alejamiento de la cultura europea». Y en su Conferencia sobre el elemento extraño en el lenguaje, decía Américo Castro que «al centro de Africa o de Asia no hay modo de exportar el vocabulario de la cultura moderna».

«Si los vascones—son palabras de Menéndez Pidal, tomadas de su «Introducción al estudio de la Lingüística Vasca»—conservaron enérgicamente su indómita personalidad aborígen, esto pudo hacerse solamente a costa de tomar a manos llenas el latinismo, porque el no hacerlo les hubiera costado algo mucho más precioso e importante que la falsa pureza idiomática, les hubiera costado el quedar en la barbarie. Por fortuna, también, se siguió (el vasco) apropiando después el vocabulario románico de los pueblos hermanos de su vecindad que por su situación geográfica vivían una vida más agitada, extensa y rica».

Si la personalidad de don Julio de Urquijo por muchos títulos es acreedora a la veneración y cariño de todo vasco, debe entre ellos contarse el hecho de que durante media centuria, pudiera decirse, ha mantenido enhiesta la bandera del genuino lenguaje frente a la iconoclasta de los puristas que tenían declarada guerra a muerte contra todo vocablo erdérico.

En diversas ocasiones, en la docta «Revista Internacional de Estudios Vascos», de su fundación y dirección, combatió esa concepción tan errónea ante la ciencia y tan funesta para la vitalidad del euskera.

Permítaseme reproducir un breve texto, verdaderamente áureo, entresacado de su Conferencia en Oñate (1918) sobre el «Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca».

«Los escritos de algunos vizcaínos—decía el señor Urquijo—no los entendemos mas que dos docenas de iniciados, y algún fo-

llo existe... que, a pesar de ser de propaganda, no lo comprende, sin previa explicación, más que su propio autor. Una consideración que debe tenerse en cuenta, al discutir esta cuestión del léxico, es la siguiente: el señor Azkue no dió cabida en su diccionario a todas aquellas palabras que el vulgo usa y que son claramente castellanas o francesas; pues bien, aun eliminadas todas esas, todavía resulta que de los vocablos incluídos en su monumental obra por el lexicógrafo lequeitiano, un cincuenta por ciento son de origen exótico; si los desecháramos del léxico literario, nos veríamos obligados a crear miles de vocablos, AUN PARA LOS OBJETOS E IDEAS MAS USUALES, lo que daría lugar a un nuevo dialecto que diferiría de los ocho ya existentes más de lo que difieren éstos entre sí.

Aparte de que ésto crearía una barrera lingüística casi infranqueable entre los instruídos y los analfabetos que, en nuestras anteiglesias y caserías, son los más. Téngase, asimismo, en cuenta lo difícil que sería hacer que el pueblo aceptara las nuevas palabras, en un país como el nuestro, en el que se lee tan poco, cuando en otras naciones (por ejemplo, en Alemania, donde no hay nadie que no sepa leer) la mayor parte de los neologismos propuestos no logran arraigar».

Para todo desapasionado lector de cierta cultura, flota sobre estas palabras del señor Urquijo una atmósfera tan transparente y luminosa que parece como que se palpa la verdad, que se la siente y se la respira.

No dejará de ser curioso, y de verdadero interés para quienes aún vacilan, saber qué partido tomaría San Agustín acerca de los neologismos creados para suplantarse a los vocablos erdéricos corrientes en el pueblo.

Previendo que algunos puristas del lenguaje habían de poner mala cara a unas voces exóticas, vindica su conducta con estas palabras: «¿Quid ad nos, quid grammatici velint? Melius in barbarismo nostro vos intelligitis quam in nostra disertudine vos disertis eritis» (Enn. in Psal., 36). Que traducido libremente quiere

decir: «¿qué se nos da a nosotros de lo que sienten los puristas? Mejor nos entendéis cuando os hablamos con vocablos que os son corrientes, aunque sean extraños o erdéricos, que no en un lenguaje depurado que no habíais de entenderlo».

En las palabras—dice en otra parte—se ha de buscar la verdad, no las palabras mismas. «¿De qué nos sirve una llave de oro, si no se puede abrir con ella lo que deseamos? ¿Y qué nos estorba una llave de palo, si con ella se puede, cuando no buscamos otra cosa que abrir lo que estaba cerrado?» (De Doc. Chr. 4).

No tenía reparo el Santo en sacrificar la gramática en aras de la claridad. Así cuando dice *fenerat* en lugar de *feneratur*, y cuando escribe: «¿Por qué el doctor de la piedad, hablando a gente ruda, ha de reparar en decir OSSUM (hueso) antes que OS, para que se vea que es OSSA (huesos) y no ORA (rostros), aquí donde oídos africanos no distinguen de sílabas largas y breves?».

«El buen orador—exclama en otra parte—no cuida cuán bien suena una palabra, sino cuán bien revela y desentraña lo que se pretende. Y si esa palabra en buen latín resulta ambigua y obscura, y en el vulgar no, hablará como los ignorantes, no como los instruídos».

Y encarándose con los puristas de su tiempo—que los había en buen número—les arguye en esta forma, valedera para todas las lenguas y siglos: «Porque, ¿de qué sirve la pureza del lenguaje cuando no la acompaña la inteligencia del oyente, no habiendo motivo de hablar, si lo que hablamos no lo entienden aquellos a quienes hablamos para que nos entiendan? El que enseñe, pues, corte toda palabra que no enseñe». (De Doc Chr. X. 24).

A los puristas les desagradaba, por exótico, el vocablo «Salvator», como también «salvare». Y responde el Santo: «Nec quaerant grammatici quam sit latinum, sed Christiani quam sit verum. Salus enim latinum nomen est. Salvare et salvator non fuerunt haec latina, antequam veniret Salvator: quando ad latinos venit, et haec latina fecit».

Es como si dijera aquí: cierto que *anima*, *pekatu*, *grazia*, *zerua*, *Purgatorio*, o *Birjiña*, y cien y mil vocablos más, no fueron vascos hasta la introducción del Cristianismo en Vasconia, pero... llámelo

usted hache, si esos vocablos figuran en serie de siglos adoptados, incrustados, injertados en el idioma vasco, que los hizo suyos.

Decía con razón A. Castro: «Tan vasco es *eleiza*, como es español *iglesia*, como es francés *église*, como es latino *ecclesia*; el que todas estas palabras tengan un remoto origen helénico, no tiene en sí más interés que el de ofrecer un hecho de estudio al filólogo».

En realidad, San Agustín hablaba en su tiempo como hablan hoy los que figuran en las avanzadas de la reciente ciencia filológica o lingüística.

Uno de ellos ha escrito: «para el último labriego, lo mismo que para Cervantes o Goethe, la lengua es un medio para revelar el mundo interior, en forma que entiendan aquellos a quienes se dirigen. Si esos grandes escritores se encontraban con palabras que no eran de origen español o alemán, los usaban sin más».

Viene también al caso la sensata observación a los idólatras de la pureza de la lengua, del portugués Julio Dantas: «...mas no podemos ni debemos olvidar que la palabra para el escritor, es un medio y no un fin. El poeta, el novelista, el dramaturgo, tienen otra misión y otra finalidad en su arte: crear la vida, interpretar la naturaleza, traducir los movimientos del alma».

San Agustín sentía como Quintiliano, para quien «la suma virtud del discurso es la claridad, y ha de tenerse por viciosa toda oración que necesite de intérprete».

La manía del neologismo—escribía Mons. Dupanloup, en sus Cartas a un académico de San Luis—es «la cosa más ridícula, más pedantesca, más cercana a la barbarie... que hiera a la lengua en el corazón y la hace lanzar gritos. Es del todo imposible que haya claridad en una literatura en que abundan las palabras nuevas... la mayor parte de las veces sin otro motivo que su singularidad, porque no se quiere hablar como todo el mundo habla».

Coincidía en un todo con el sentir de San Agustín el autor de aquella joya literaria, conocida con el nombre de «Diálogo de la lengua», cuando escribía: «cuido de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible».

Sin más que con lo dicho, está puesto bien claro lo que de esos vocablos del *eusquera-berri* sentiría el príncipe de los preceptistas de la elocuencia sagrada.

Y aquí conviene observar que, dada la repercusión que en la literatura sagrada tienen las corrientes lingüísticas o lexicográficas que privan según los tiempos entre los escritores y los hablantes, son acreedores a un singular voto de gratitud de parte de los hijos del Santuario, los vascólogos que, como don Julio de Urquijo, han laborado para poner al euskera a cubierto de esa granizada de neologismos.

La función más alta y excelsa de la palabra humana—misión propia del *doctor de la piedad*, que diría San Agustín—es servir de puente para ponernos en contacto con el mundo sobrenatural—*fides ex auditu*—, iluminando nuestras almas con aquella luz con que el Verbo de Dios ilumina a todo hombre.

Por lo mismo, en el lenguaje sagrado, sobre toda falsa o perturbadora pureza de tipo lexical, debe prevalecer la más nítida claridad—pensamiento cien veces enérgicamente subrayado por San Agustín—, para que a través de vocablos indígenas o alienígenas, se deje ver claramente la verdad, como se deja ver—diría Lacordaire—el oro puro y fino de las arenas a través de las aguas cristalinas y sosegadas de los lagos azules.